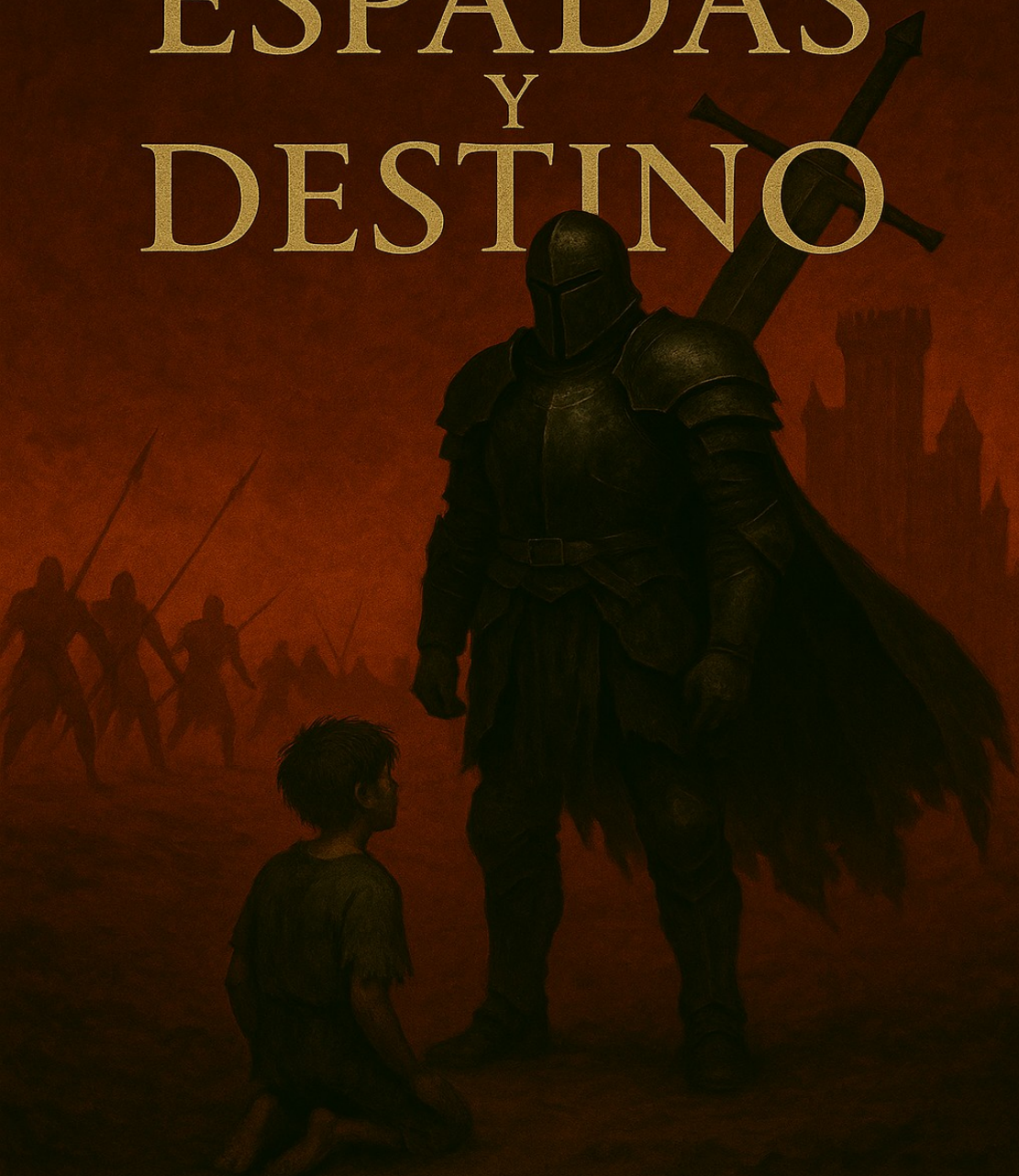


ESPADAS Y DESTINO



DAVID EGEA



Índice

Prólogo.....	1
Capítulo 1 – Sonrisas y lágrimas.....	3
Capítulo 2 – Thrugnar.....	12
Capítulo 3 – Tiempos turbulentos.....	19
Capítulo 4 – El Enviudador.....	32
Capítulo 5 – El asedio.....	51
Capítulo 6 – El precio de la Paz.....	72
Capítulo 7 – Bajo el filo de las maderas.....	85
Capítulo 8 – Por un mejor futuro.....	97
Capítulo 9 – El eco de la farsa.....	114
Capítulo 10 – Donde rompen las olas.....	128
Epílogo.....	147

Prólogo

En los oscuros recovecos de la Europa Medieval, la muerte y la destrucción acechaba en cada esquina, amenazando con cortar los hilos que el destino tejía para los hombres. En Europa, los reinos se alzaban como titanes que deseaban consumirlo todo, desafiando a las mareas del tiempo para perdurar por los siglos. Entre esos reinos, destacaba un reino del Norte, el reino de Dinamarca. Un reino cuyo nombre estaba ensuciado por el pasado vikingo del lugar, siempre tuvo conflictos internos que hacían peligrar la paz, las guerras civiles eran algo muy común, después de todo, las costumbres ancestrales son más fuertes que el acero mismo. Tras muchas revoluciones en el reino, llegaría un hombre que lo cambiaría todo, su nombre era Sylv. Sylv rápidamente tranquilizó al pueblo con su carisma, logrando así unificar los cuatro territorios, este periodo de la historia de Dinamarca sería llamado "Sylvaria", en honor al rey que unificó sus territorios en un solo reino, cambiando el nombre de Dinamarca a Sylvaria, dividiendo el reino en cuatro provincias o condados.

El nuevo rey serviría bien a su pueblo y a sus nobles, logrando mantener por muchos años la paz en Sylvaria, llegando a ser por un tiempo, el único reino de Europa sin guerras. A lo largo de su vida, el rey Sylv tendría bastantes descendientes, en total

cuatro, conociendo los conflictos que podrían haber por tener más de un heredero, decidió hacer una ley en Sylvaria, Sylvaria sería el primer reino en tener más de un rey vigente, cada rey reinaría en un condado, pero debían mantener el reino unificado, para eso, debían todos ser parientes. Al rey fallecer, sus cuatro hijos se dividirían los condados de Sylvaria igualitariamente, jurando mantener el reino unido bajo cuatro coronas igualitarias. Claro, había otra regla, solo estaban permitidos a tener un solo descendiente, además que, los hijos bastardos quedaban totalmente prohibidos por mancillar la sangre real.

Así, el reino de Sylvaria conocería una paz que parecía no tener fin, pasarían las generaciones de forma pacífica y respetando la ley que Sylv dio. Pero, la tranquilidad estaba pasando lentamente, dando paso a tiempos turbulentos y caóticos, donde la muerte acecharía detrás de cada esquina.

Capítulo 1 – Sonrisas y lágrimas

Los rayos del amanecer se sentían cálidos esa mañana, asomando por una ventana abierta. Parecía ser un hogar rústico, con paredes de piedra algo antiguas, con un techado de paja que parecía tener muchos años. A las afueras del hogar, ya se veía a gente madrugadora, que aprovechaban la leve brisa mañanera para salir a pasear con el rebaño. Nos encontraríamos en el 1298 año de nuestro Señor. Finalmente, volveríamos a aquella ventana abierta, el crujido de la puerta de aquella habitación indicaría que alguien había entrado.

— Eskil... Venga, ya es de día.- Diría una voz femenina pero madura, parecía que nos encontrábamos en una residencia familiar.

— Eskil, vamos, no tenemos todo el día.- Volvería a repetir la mujer, llamando al nombre de su hijo una vez más, esperando una respuesta o que se despertara.

Finalmente, el joven se retorcería en su cama algo molesto, hablando entre bostezos:

— Un poco más, madre, realmente estoy cansado...-

La madre se acercaría a su joven hijo, sentándose en su cama, apoyando su mano en la cabeza de Eskil:

— Venga, ya hice el desayuno... Necesitas energía para pasear a las ovejas, ¿no?-

El joven niño finalmente suspiraría, incorporándose de la cama, frotando sus ojos aún cansado, diciendo con un tono levemente molesto:

— Está bien...-, el joven se levantaría completamente de su cama, caminando afuera de su cuarto, seguido por la mirada de su madre, la cual simplemente sonreiría en silencio.

El chico se sentaría en un pequeño taburete de madera, empezando a comer su desayuno, un pequeño trozo de pan de centeno, con el que su pequeño cuerpo de 5 años se llenaría, tras finalizar su desayuno, el chico suspiraría para seguidamente levantarse de su asiento, volviendo a entrar a su cuarto.

Su madre seguía en su habitación, había estirado la cama de su hijo y preparado su ropa para el día encima de la cama, la madre voltearía a mirar a Eskil, sonriendo le dirigiría la palabra:

— Oh, ¿ya has desayunado? Pues vamos, hace buen tiempo fuera-.

El joven caminaría hacia su cama, agarrando su ropa y empezando a ponérsela. Finalmente, agarraría una pequeña vara, caminando hacia la puerta de su hogar.

— ¡Madre, ya me voy!- diría el joven, cerrando la puerta al salir de su casa. La brisa mañanera le refrescaría el rostro, Eskil

lentamente sonreiría con inocencia, empezando a caminar hacia un pequeño establo, abriendo la puerta a decenas de ovejas.

— Venga, venga, ivamos a pastar!- el joven Eskil sonreiría, cerrando el establo nuevamente y empezando a pasear con el rebaño tranquilamente. Eskil mantendría la mirada al rebaño, mirando de vez en cuando a sus vecinos.

Este pequeño pueblo es llamado Rödberg, encontrado en el condado de Frotgar, al sur de Sylvaria. Era una tierra fértil, con un río que serpentea por el centro del poblado, era un valle rodeado por las montañas del Sur. El joven paseaba tranquilamente con su rebaño, llegando a las verdosas colinas, donde se sentaría relajado en el pasto.

— Vaya... Mamá tenía razón, hace buen tiempo esta mañana.- Eskil miraría al rebaño de reojo, suspirando levemente.

Los primeros rayos del sol acariciaban suavemente las colinas de Rödberg, pintando el paisaje con tonos dorados y creando una atmósfera de serenidad en el tranquilo poblado. Eskil, con su mirada aún adormecida, ascendió por la colina, acompañado por el suave murmullo de las ovejas que pacíficamente pastaban a su alrededor.

Con cada paso, Eskil se sumergía en la belleza simple y sublime de su entorno, respirando el aire fresco y dejando que el sol acariciara su rostro. Era un momento de paz en medio del bullicio

de la vida cotidiana, un instante en el que el joven podía desconectar del mundo y dejarse llevar por la armonía de la naturaleza.

Al alcanzar la cima de la colina, Eskil se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra un árbol anciano que se alzaba majestuoso en aquel paraje. Desde allí, contempló el valle extendiéndose ante él, con sus campos verdes y sus prados salpicados de flores silvestres. Era un panorama que conocía desde su infancia, pero que nunca dejaba de sorprenderlo con su belleza simple y atemporal.

Mientras descansaba bajo la sombra del árbol, un vecino se acercó a él, rompiendo la tranquilidad del momento con su presencia. Era un hombre de aspecto rudo pero afable, cuyos ojos reflejaban la preocupación y el cansancio de alguien que ha vivido tiempos difíciles.

— Eskil-, lo llamó el vecino, su voz cargada de inquietud. — ¿Cómo está tu padre? He oído que está enfermo y me preocupa su estado.-

Eskil asintió con solemnidad, reconociendo la gravedad de la situación.

— Mi padre no está bien-, respondió con sinceridad, desviando la mirada hacia el horizonte. — La enfermedad lo debilita cada día más, y temo por su salud.-

El vecino asintió con comprensión, su expresión reflejando la tristeza y la preocupación.

— Es un momento difícil para todos nosotros-, murmuró, con temor en sus ojos. — Pero debes mantenerte fuerte Eskil, tu padre necesita tus cuidados.-

Con un gesto de agradecimiento, Eskil asintió, reconociendo la sabiduría en las palabras de su vecino.

— Tienes razón-, respondió con determinación. — Le diré a mi padre de tu preocupación, muchas gracias por preguntar.-

Eskil se despidió de su vecino y regresó a su hogar junto al rebaño, llevando consigo la carga de la preocupación por su padre y la incertidumbre que se cernía sobre el horizonte de Sylvaria. En las semanas que siguieron, esos sentimientos de inquietud y anticipación solo se intensificarían, anunciando el inicio de una época de cambio y conflicto para su hogar.

Con el pasar de las semanas, el panorama en Rödberg había cambiado drásticamente. La sombra de la guerra se cernía sobre el tranquilo pueblo del sur de Sylvaria, transformando la vida apacible de sus habitantes en una lucha por la supervivencia.

Rödberg se encontraba ahora en cuarentena, rodeado por temores de incursiones de mercenarios y saqueadores que acechaban en los confines del reino. Las calles, una vez bulliciosas y animadas, ahora yacían desiertas y silenciosas, mientras la lluvia caía implacablemente sobre los tejados de paja y las paredes de piedra antiguas.

En el hogar de Eskil, la preocupación por la salud de su padre había cedido paso a una nueva angustia: la incertidumbre por el futuro y el temor a lo desconocido. Aunque su padre se encontraba mejorando lentamente, la sombra de la guerra pendía sobre sus cabezas como una espada de Damocles, amenazando con destruir todo lo que habían conocido.

En aquella noche lluviosa, Eskil y su familia se reunían en la calidez de su hogar, buscando consuelo y protección ante la tormenta que se desataba afuera. El crepitar del fuego en la chimenea y el sonido de la lluvia golpeando contra las ventanas creaban una atmósfera cargada de tensión y ansiedad.

Eskil, con el corazón apretado por la incertidumbre, observaba a su padre, cuyos ojos reflejaban la preocupación que también albergaba en su interior. Eran una familia humilde, con recursos limitados y pocas opciones frente a la inminente amenaza que se cernía sobre ellos.

— ¿Cómo podemos sobrevivir en estas condiciones?-, se preguntaba Eskil en silencio, sintiendo el peso abrumador de la responsabilidad sobre sus hombros. Su padre voltearía hacia Eskil, acercándose a este y arrodillándose ante él. Finalmente apoyaría sus manos en sus hombros, mirándole a los ojos

— Escúchame, hijo mío. Esto no es responsabilidad tuya, tú no deberías de estar viviendo esto... Solo, has tenido mala suerte... Tranquilo, Eskil, estamos tu madre y yo aquí para proteger-